

Lermo Rafael Balbi

LA TIERRA VIVA

Poemas



Colección **1**
Homenajes

EDICIONES CULTURALES SANTAFESINAS

Lermo Rafael Balbi

LA TIERRA VIVA

POEMAS

LA TIERRA VIVA

Lermo Rafael Balbi

EDICIONES CULTURALES SANTAFESINAS

Colección HOMENAJES Nº 1

Lermo Rafael Balbi

LA TIERRA VIVA

POEMAS

EDICIONES CULTURALES SANTAFESINAS

Colección **HOMENAJES** Nº 1

Colección **HOMENAJES**
dirigida por Jorge Isaías

LA TIERRA VIVA, primera edición, Colmegna, Santa Fe, 1972

© Herederos de Lermo Rafael Balbi

© 2000 Ediciones Culturales Santafesinas
Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642 - Santa Fe
Alem 3078 - 5° piso - Rosario

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Diseño e impresión
CIUDAD GOTICA Editorial
San Martín 453. 5°. D - Tel. 0341-4400681 - 2000 Rosario

Tirada 1000 ejemplares
Primera Edición Julio de 2000

ISBN N° 987-96517-2-1-3

A MODO DE PRÓLOGO

La Subsecretaría de Cultura de la Provincia se ha impuesto por iniciativa del Prof. Jorge Isaías, Jefe del Area Letras, la tarea de editar una colección con el nombre de HOMENAJES, que rescataría el trabajo de grandes autores santafesinos especialmente para los jóvenes y para aquellos que lo han olvidado un poco. La Sra. Subsecretaria del mencionado Ente, Prof. Florencia Lo Celso, además de aprobar este plan, también coincidió con él, en que fuera el primer volumen de la serie, el libro de poemas *LA TIERRA VIVA* de Lermo Rafael Balbi.

Este emprendimiento me provocó una emotiva alegría por ser Lermo quien inicie la marcha. Y no solamente por mi amistad con él, sino por el reconocimiento que se hace de su obra a doce años de que emprendiera el "retorno" (Digo retorno y no partida recobrando: "Al nacer se embarca el hombre como héroe de su propia aventura aunque ni lo sospeche, y retorna a la patria cuando muere", de su poema *ORFEO SE REEMBARCA*). Y alegría también porque veo cumplido un vaticinio suyo, cuando fiel a su prurito de no autopromocionarse argumentaba que no golpearía la puerta de nadie ofertando su obra ya, que si tenía valor, alguien se encargaría de darla a conocer. Estamos a doce años de su muerte y son con éste, *LA TIERRA VIVA*, la novela *CONTI-*

NUIDAD DE LA GRACIA y el poema ORFEO SE EMBARCA, ya tres libros que “alguien” se encargó de dar a conocer en publicaciones póstumas.

En la nota que el Prof. Isaías cursó a la hermana del escritor solicitando su autorización para la publicación de la obra señala: “... aunque para mí sería un honor prologar esta edición, pensé, dejando de lado mi amistad con Lermo y por qué no mi orgullo de escritor, solicitárselo al Prof. Milesi, que hasta donde sé, es quien mejor ha estudiado la obra del gran escritor rafaellino ...”. No quiero ocultar que en su generosidad me ha llenado de orgullo por ganar el protagonismo que le hubiese correspondido a él, y que me permite así estar junto a mi amigo-hermano. Y es solo en tal condición que acepté asumir esta responsabilidad.

Por otra parte, señalarme como “quien mejor ha estudiado la obra del gran escritor rafaellino” es una gentileza más porque no he realizado estudios lingüísticos que me confieran tal idoneidad. Lo que puedo, indudablemente, es considerarme como quien mejor la conoce, privilegio que me da la estrecha amistad que nos unió y que me permite identificar todos los referenciales que generan su creación. Esto lo sabía Lermo y así lo dice su dedicatoria autógrafa del ejemplar que tengo hoy en mis manos: “Para Bibi, hermano en las palabras de este libro, pero más “cómplice” que ninguno en tantos de los actos que menciona. Con mi gran cariño de siempre. Rafaela, 8 de julio de 1972”.

Me repito la fecha y a mi asombro por el tiempo transcurrido, se une el de comprobar cómo LA TIERRA VIVA logró resistir el avasallador paso de los años, juez implacable, especialmente estos últimos tan proclives a ismos iconoclas-

tas. Y revivo también la alegría ante el libro publicado: actos, presentaciones, flores, agasajos ... pero no recuerdo haber vibrado ante toda la tristeza, toda la nostalgia, toda la soledad del Poeta que hoy siento al leer versos como:

*Mi equilibrio tambalea cuando despierto
con esa fanfarria de sol en las ventanas.
Todo está dispuesto para convencerme,
para ayudarme a disimular los designios
y para hacerme creer que la dicha no se alcanza
porque estultamente no la queremos.*

de “Un día todos seremos olvidados”

y veo que tuvo que pasar el tiempo, que debí contar con más ausencias, para que mi propio dolor de hoy, me hiciera comprender aquel, el de Lermo, hace casi treinta años. Me siento tan identificado con esa angustia que la hago mía y a ella se suma la de no poder ofrecerle el abrazo que quizás esperó entonces.

LA TIERRA VIVA, nombre creado por Lermo para su libro, connota un “topos uranus”, una Patria, un lugar donde la tierra perdida, la tierra que hoy lleva el nombre de los muertos, (cito su novela LOS NOMBRES DE LA TIERRA), donde el Arauz muerto (cito su poema ARAUZ MUERTO Y CELESTE) están presentes. Tierra juntadora de todo aquello que sobrevive a la muerte y al olvido, que guarda celosamente alegrías y tristezas, para entregárselas en nostálgicos ramalazos. Lugar celeste donde sació su necesidad de crear, donde buceó en ardiente búsqueda de momentos, de viven-

cias y de fantasmas. Es la Patria donde se ha refugiado ese ayer que lastima al ser confrontado con tanta tierra muerta del presente. Y allí está el viejo caserón de la niñez y la adolescencia con sus ruidos, sus olores, con "el escalofrío del agua del pozo", con sus muchachos, con Pedro, Angela, Orlanda... que no desaparecieron en las sombras del olvido. Se han instalado en ese sitio del alma que tan lograda metáfora llama Tierra Viva. Y es desde allí que acosan con la alegría del ayer que pervive:

*Hermana, hermanos tiernos entre tantas delicias,
amor de pozos, polen en los alfalfares verdes y lilas...*

pero también con la dolorosa nostalgia por ese ayer perdido:

*Oh tiempo. Pedro muerto. Orlanda enajenada
la casa destruida, de la que no queda en pie una sola pared
de quien las vigas de pino que cepilló el mismo padre
del abuelo, permanecen carcomidas de sol y de intemperies.*

de "Nadie lo sabe"

Y hay mucho más... Tanto pasado reclamando su espacio: los atardeceres ya rafaelinos, ya santafesinos llenos de sueños que no se realizaron; las esperanzas de noches de sábado destrozadas en la hiriente claridad con que se anuncia el domingo:

*"... y Rafaela no existe ya, muerta de sábados, de domingos
en neblina ..."*

de "Primera madrugada"

el irrealizado milagro esperado con cada nueva mañana; el amor que fue y el amor que no fue. Están los que privilegió con su cariño y los que se le adelantaron en la partida. Está también

*"... cierta muchedumbre de espectros
que alzan su venganza por lo que no les dimos"*

de "Más allá de los campos verdes"

La obra está dividida en dos partes. La primera: **Los días de otros días**, nombre inspirado por una cita de su amiga Nelly Borroni Mac Donald, agrupa diez poesías y se abre con "La casa de Arauz" donde una pregunta retórica a Némesis, diosa de la venganza, despierta la triste contraposición entre lo que queda hoy de la casa de Arauz y el feliz pasado. En el segundo poema, "El dolor de Carlos", dibuja una sentida imagen de su padre, campesino que debió emprender un imprevisto y doloroso exilio. Continúa con "Los extranjeros" que no son otros más que él, su generación, sus amigos, que sienten de la misma manera, y se reconocen ya ajenos a este tiempo. En "Nadie lo sabe", el cuarto trabajo, plantea nuevamente una antítesis entre su idílica vida campesina y el presente. Y es en "Un día todos seremos olvida-

dos” donde el tema de “los extranjeros” es retomado pero aquí la resignación cede su puesto a la rebeldía por “la condenación de ser condenados”. Luego en “Más allá de los campos verdes” después de la protesta gritada en el poema anterior, la esperanza. Proyecta en “Primera madrugada” la crueldad de las madrugadas —especialmente la de los domingos— que alumbran muertas ilusiones de las vísperas y en “Segunda madrugada”, una despedida a aquellas noches alargadas hasta la claridad del alba en las que con su amigo Jorge Tobías trataban de inventar un mundo mejor. En “La noche que esperamos” habla a compañeros de ayer, tan cambiados como él por el tiempo, y tan distantes de él como entonces. Cierra esta primera parte: “Hechos de leche y perlas americanas” poema que trasunta el mayor vacío existencial, el mayor desengaño de su generación tan engañada.

Otras voces sumergidas, nombre de la segunda parte de la obra, está integrada por siete poemas: “Alcázar”, “Cifra”, “Desde la ribera”, “Carta”, “Los días”, “Merced”, y “Lo mínimo” donde él es esencialmente el único protagonista. No se remonta ya a los recuerdos y el leiv motiv es la cotidiana angustia existencial. Pero quizás la sección del libro en una segunda parte responda solamente a una razón que muy pocos conocemos, puesto que su temática imbricada con la primera, lleva implícitamente el peso de la Tierra Viva:

... Grito un loco alarido como si fuera un perro
al que han herido de muerte y los ecos despiertan
a otras voces sumergidas.

de “Lo mínimo”

Cada lector en su condición de destinatario de la obra tiene su propia lectura, su libre interpretación, pero lejos de cualquier pretensión de querer ser el hermeneuta de la producción literaria de mi amigo, quiero señalar que Lermo no se manejaba con una semiología oscura que obligue a un ejercicio mental en busca de significaciones. Aquello que parezca tal no es más que vivencia directa, recuerdo, imagen captada con los sentidos abiertos al asombro, manejados como soportes de sus sentimientos más íntimos. Todo expresado con voces cuidadosamente seleccionadas ya que entiende que cada significado exige unirse al más perfecto de los significantes cuando se quiere hacer cotidiano: neologismos, referencias socioculturales, alusiones mitológicas, una adjetivación rica y perfecta donde el modificador que elige da al sustantivo el color que necesitaba para una total connotación. Es que Lermo paladeaba la palabra con el mismo placer que puede hacer un músico con un sonido o un pintor con un color. La decodificación consecuentemente no es fácil y reclama algún esfuerzo. Muchas construcciones que pueden parecer enigmáticas se abren a la comprensión cuando se busca el camino directo apoyado en una cierta información cultural. No hay otro significado oculto. Son imágenes reales comparables a las que maneja Fellini —por quien Lermo decía “sentir envidia”— que aparecen creando un clima casi metafísico, patético, imposible de visualizar con otras palabras.

Me atrevo a señalar que con esta advertencia se debe entrar a sus poemas para poder llegar a la emoción escondida en esas voces un poco ajenas al lenguaje coloquial o a ciertas construcciones que aparentan tener un arcano signi-

ficado. En este uso de un habla por momentos exquisita, a veces barroca, con reminiscencias rubendariana o lugoniana en el regodeo con la palabra sonora y en la alusión mitológica, se esconde una realidad terrena, cruda, abrumante que está hincada en la carne del poeta.

Por la brevedad que exige un prólogo, ejemplificaré tratando de ser más explícito, solamente con: “El dolor de Carlos”. El título ya es un juego: el protagonista es su padre, Bartolomé Balbi cuyo nombre resulta poco eufónico para un poema. No le suena bien y cambia el significante. Carlos denota ahora a su padre que entra al mundo de la poesía tal como era, sin otro cambio que haber sido embellecido con un nuevo nombre. (¿Habría recordado Lermo a Shakespeare cuando le hace decir a Julieta: “... ¿qué puede haber dentro de un nombre?. Si otro título le damos a la rosa, con otro nombre nos dará su aroma. Romeo aunque Romeo no se llame, su perfección amada mantendría...”). El lector más experto no podría descubrir –además ni importaría– este trueque que Lermo me confió, pero lo señalo porque grafica con toda claridad cómo maneja este mismo juego cuando frente al abanico de significantes que puede pretender un significado se queda con el que juzga que eufónicamente visualiza mejor lo que quiere expresar... Surgen así: “abril cisterna”, “pálidos ecos”, “altos pájaros”, “sombras submarinas”, “luz calcinante de diciembre”, “mañanas pasionarias”, “equipaje inmaterial de dulzuras”... Pero contrariamente a esta selectiva búsqueda de la voz sonora, encontramos en el poema palabras no del todo gratas al oído, tal como “coleópteros”, pero que el recurso de una elaborada construcción logra hacerla creíble y poética... Es así como cobra

musicalidad en la frase rítmica “... los coleópteros en estólida inmovilidad al pie de las trojes”.

Algunas construcciones pueden parecer enigmáticas pero se abren a la comprensión cuando se busca el camino directo apoyándose en cierta información cultural. Sirvan como ejemplo: “Entonces sobre el almanaque Bristol...” ¿cuántos, especialmente jóvenes, captarán su significado sino saben que este almanaque anual configurado como un librito y regalado en las farmacias, tenía un valor casi bíblico para el campesino y que no faltaba en ninguna chacra? O “las lágrimas de goma en los ciruelos”... que no es más que una referencia a una enfermedad de los frutales que se manifiesta en una especie de gomosidad sobre los troncos. Dice: “en algún remolino de polvo reseco el diablo andaba por la tierra”... y solo rememora una leyenda que manejaban los chicos del campo donde se cuenta que en esos remolinos característicos del verano estaba el diablo. O “en el hueco del piso dentro del cual lamían los gatos su leche” que no quiere señalar nada más que eso: la concavidad producida por el desgaste en algunos ladrillos del piso de la cocina o la galería, y donde se volcaba leche para que bebieran los gatos. Valga lo que digo de “El dolor de Carlos” para todos los poemas.

No creo que lo expresado pueda dar de Balbi la imagen de un escritor cerebral y frío. Si bien su amplia cultura y su dominio de la lengua le imponían un perfeccionismo que le obligaba a una estricta corrección de sus trabajos, tarea de la cual fui muchas veces testigo, los sentimientos que empujan detrás de su estilo se encargan de destruir esta falsa apariencia. Tenía total conciencia de su oficio de escritor estableciendo la diferencia entre los sentimientos, respetables en

todo hombre en su condición de tal, y de la exposición de esos sentimientos por quien se siente poeta y consecuentemente tiene la obligación de hacer de ellos, poesía... Julio Antonio Corigliano en su prólogo para "Memoria del trasmundo" de Graciela Maturo expresa esta toma de posición, con tal bellísima claridad que no puedo sustraerme de citarla: "...el artista es el centro de una tumultuosa tensión entre dolor y expresión, entre vida y plasmación estética..." y más adelante "... el poeta se nos confiesa siempre en voz menguante, tentando un imaginario equilibrio entre la expresión patética, cruda, teatral de la interjección, del grito, y la plasmación serena, lejana y meditada de la arquitectura estética..."

Lermo-hombre, siente, sufre, grita, ... Lermo-poeta, además, canta ...

Jorge Luis Borges se cuestiona en un poema:

*Dónde estarán? pregunta la elegía
De quienes ya no son, como si hubiera
Una región en que el Ayer pudiera
Ser el Hoy, el Aún y el Todavía ...*

Lermo nos descubre esa región: la Tierra Viva, la que vive en la memoria, la que permanece sobre la caducidad de los hombres, la que hace que el Ayer sea el Hoy, el Aún y el Todavía... Y su Tierra Viva es la que llega a doce años de su muerte con esta reedición para conocimientos de quienes aún no habían nacido en 1972 y para regocijo de sus amigos.

Enry "Bibi" Milesi

I

Los Días de Otros Días

**"me detengo a pensarte
y me duelen tus días
de otros días..."**

**"EMPIEZAS A DOLERME",
Nelly Borroni Mac Donald**

LA CASA DE ARAUZ

a Fortunato Esteban Nari

Némesis, la distancia tuya hasta los hombres
¿cuándo se acorta?, ¿por qué se acorta?
¿De cuáles actos emprendes la sagaz persecución?
¿Por qué se destruye una casa y queda vacía
la tierra en que se sostuvo?

Hoy vuelvo de palabras, con vigorosa unción
a penetrar este país de humus y raíces,
tibio de otros veranos,
fortalecido de los soles precisos para que las semillas
germinen y vueltas a panojas,
tiendan sus estigmas y pueblen suave leste
de setiembre con polen y dulzores.

Ah, pero entonces yo oía la muerte prematura,
la vecindad de la tragedia cuando las quemazones
avanzaban desde el horizonte y lastimaba ese silencio
de la noche herido por una nota de acordeón.
Duro sonido el del balde al caer en el agua túmida
del pozo para quien un escalofrío en la dorada piel
de los muchachos, lo hacían tan vecino
de la eternidad como lo son las esferas celestes

en el espacio. Bestias bovinas mansamente venían por el callejón umbrío en el que se habían escuchado los gritos de los hombres a su regreso de las mieses y entonces, el resplandor último abandonaba en el estanque una moriencia de cristal como lápida del día.

La madre ya había llamado a los niños, con ecos, que a esa hora la voz asume una longevidad de suave distancia y las lámparas encendidas para la cena sobre la larga mesa de pino ardían su crepúsculo de temblores róseos. En la casa, la mujer vieja con olor a cebollas y a pimienta, campesina terrosa, alimentaba el fuego, vestal cenicienta, de verde oliva su pañuelo, túnica de cadillos y amorseco. Porque todos ellos regresaban al reparo de la noche. al frescor del agua en las tinajas, a sus palabras en el pan y el vino.

Nunca nadie volvió de aquel tiempo, Némesis, sólo esta tierra permanece viva, tan llena de edades, de prístina hierba, de insectos que rebullen, de fragmentos de palabras. Mas la noche se hace sagrada en esta loma ahora desnuda cuando pasa, Némesis, la sombra del viento.

EL DOLOR DE CARLOS

Carlos tenía una mirada sensitiva para todo, especialmente para las ínfimas, diminutas arboledas, que encendía la lluvia sobre los rasgos últimos del rastrojo.

Decía que sí cuando sólo suponía que debía decir sí, y decía no en cualquier circunstancia para no sostener un error que pudiera herir de feroces tajos a su gleba, y era el momento justo en que pensaba que ciertas pieles huelen a naranjas cuando más cerca están del desaliento. Algunas veces salía con su fusil al hombro (tal vez en ese abril cisterna, guardador de pálidos ecos, posterior a los segmentos, a las figuras de papel y a las almendras de durazno), sin embargo de nada le valía escurrirse del verano, de las lágrimas de goma en los ciruelos, de los coleópteros en estólida inmovilidad al pie de las trojes.

Se enmudecía de emoción frente al campo silente y al borde de las lagunas en las que se detenían los patos rojos y azules como la hojalata. Miraba el agua escamada, las espadañas color gamuza, los altos pájaros como azores de una edad que no había vivido y pretendía entender todo el peso de la luz porque le habían hablado del poder de los humildes.

Carlos andaba con el viento de los rieles
 y miraba unirse las vías en un punto distante
 cuando ya estaba pensando en volver a su casa
 para sufrir el insomnio de la madrugada larga de casuarinas
 y de una calandria que le cantaba hasta morir.
 Rezaba sus oraciones para desechar los malos pensamientos
 cargados de ojos luminosos y sufría por un bien lejano
 tal cual le había enseñado el párroco de San Jacinto.

El estaba seguro al pensar por las desesperanzas
 habituales: en el rayo que mataba a los caballos,
 en sus primas encintas, en la cianosis del abuelo.
 Cuando maduraban las mieses y le pertenecía más que nada
 el olor de lino bajo los cirros de la tarde
 y el molino trepidaba con frescura de vientos
 en la blancura cenital del mediodía
 atravesaba a grandes pasos la galería desierta
 y pensaba en las glicinas que no había visto florecer
 en primavera. Tenía por método quedarse un rato
 en espera muda y recorrer con el dedo las formas de loto
 en el zócalo, observar cómo habían dispuestos los ladrillos
 del piso y curarse de que nadie lo oyera pensar.

Iba a la cocina y tomaba un trago de agua
 sabiendo que nada existía anterior a sus rojas visiones
 y a cada una de sus ideas que le hacían pronunciar
 las palabras temibles en el hueco de las puertas.
 Esquivaba a los gatos que corrían a sus pies mayando
 De alegría sin poder diferenciar cuántos venían de los pajonales
 y cuántos eran los absolutamente domésticos.
 Entonces, sobre el almanaque Bristol la vid nudosa hacía

sombras submarinas y el cielo se veía algo más violeta
 en la luz calcinante de diciembre. Ese era un momento propicio
 para imaginar golosamente cierta dicha allende las jornadas
 de su tierra chata. No venía nadie a su encuentro
 si se descartaba la suma de sus ejercicios mentales,
 las mañanas pasionarias al lado de aquellas paredes
 con sus helechos sin tiempo. En algún remolino de polvo reseco
 el diablo andaba por la tierra y la paloma en vuelo
 sobre los trigales acortaba la tristeza del crispín
 que alcanzaba su soledad fatídica.

Tanto era el silencio en la cáscara del verano
 que deshacía las telarañas negras en el alambre
 de las lámparas y se reducía a un polvo grasoso
 en el hueco del piso dentro del cual lamían los gatos
 su leche, todas las mañanas.
 Carlos se fue de allí y se llevó lo que pudo
 pero lo que se llevó era sólo su equipaje inmaterial
 de dulzuras que un día —en otro verano de musgos
 y polvo de ladrillos— lo mató al pie de las murallas.

LOS EXTRANJEROS

Entonces sabíamos despreciar el desdén de aquellas
juventudes fáciles que horadaban la noche
con sus ojos de amor. Temblaron las palmeras,
volvieron las garzas de marzo a perturbar
la quietud de la laguna
y desangrar sus mieles los racimos.
Oh aquel abril de fresnos luminosos,
aquella noche cobarde, el torreón de la ciudad
abierta a nuestra pronta soledad de héroes.
Ya fuimos campeones y estamos de regreso,
ahitos de cansancio, desfallecientes y vejados.
No nos reconstruiremos señor Valois,
que vendía los lentes con armazón de oro
para ancianos cansados de esperar los veranos.
No volveremos a ser los de antes, señor Marcos,
que traía el aceite y el café para completar la alacena
en la frágiles penumbras de la siesta.
No todos están aquí, Angela, Beatriz sagrada,
Estefana la de los lirios, Antígona trágica.
El gran árbol sucumbió bajo el hacha
y su cádava acusa aquella postergación que le dimos
cuando nombrábamos a cada uno de los vegetales
que amábamos. ¡ Y él que tenía tantos pájaros
como los otros, Pedro!
¿No ves entonces qué llegamos a ser de guerreros que fuimos,

de poetas lúcidos en los mil y un embates de la bruma,
con tanto corazón de valiente para sufrir
la turbonada y la marisma?
Aún existe un terreno, pero se nos niega hasta morir.

NADIE LO SABE

Nadie lo sabe, ni pensativo ni callado,
Ni en la misma meditación –esa que trae desfallecimientos
y mata con ferocidad-, cuánto, cuánto amor había entonces,
pródigo, querido, en un umbroso y fácil silencio de puertas,
y de luz agazapada en la gran sombra dormida.

Ése era yo entonces. Quién lo hubiera dicho. Allí venían
a morir las aves, algún árbol de tiempo desconocido,
la ventisca de otoño en las cornisas y nadie lo descubría
con tanta premura y no lo proclamaba otro, sino yo,
con la garganta nublada, con el corazón a saltos.
Hermana, hermanos tiernos entre tantas delicias,
amor de pozos, polen en los alfalfares verdes y lilas.
Qué perfumes, qué únicas hierbas holladas, mansedumbre
de trillas y cosechas, qué manos fuertes en las parvas.
En los límites del huerto, el viejo tío amontonaba
la leña para el invierno y acariciaba las hojas del tabaco
cuando apenas comenzaban a ponerse amarillas. Y en octubre
desde las rejas impedidas no era sólo la calandria
de la noche, no era sólo el perfume de las brocamelias
nuevas que convertían el aire, no era tampoco
ese tímido amor del viento en las naranjas. Era algo
mucho más alto, era la misma presencia de Dios entre nosotros
entrevisto en la luna de los espejos y en los retratos.

Qué importaba un poco más tarde, cuando el sol de la mañana venía con los ruidos, saber que una noche se había ido porque llegaba la conciencia del desgaste que deja el tiempo cuando huye. Parece remoto, apenas un insomnio. Pero ése era yo de todos modos, anhelante, con mi amor por Víctor sobre su caballo, por Orlanda mía, buena, nutritiva; prohijando perfumes en los brazos cargados de melones maduros.

Sí, vi un lagarto ayer. Ellos son iguales como antes, eléctricos, veloces, furtivos, no los mira Pedro por siempre jamás, empecinado en sus alucinaciones de alcohol, ir a la muerte, qué destino, dejándonos los cofrecitos cubiertos de piel que hacía para regalar a quiénes más quería. Oh tiempo. Pedro muerto. Orlanda enajenada. la casa destruída, de la que no queda en pie una sola pared, de quien las vigas de pino que cepilló el mismo padre del abuelo, permanecen carcomidas de sol y de intemperies.

Si eso no es tristeza por un amor que persiste que lo nieguen sus patios, los dos ciruelos que se secaron abrazados, las generaciones de gatos manchados que cobijaba la dulce tía analfabeta y el mundo grande y abierto en la infinita agonía de la tarde.

Ah los crepúsculos de enero en el patio morado de la casa. Nadie podrá creerme que los gatos manchados gritaban embrujados a sus pies cuando a esa hora, la tía tomaba el acordeón y repetía la Moretina hasta que las luces y líquido sonido de vajilla llamaban a la cena.

Rueda tras rueda, es decir días en sucesión, las noches extraviados tratando de ganar en la batalla. Es cierto que vi un lagarto, es cierto que pasó mucho tiempo y que ya no somos jóvenes, que la tía analfabeta y Pedro tienen su lugar en los secretos del tiempo, que Orlanda en su insanía repite mi nombre de niño, que ya no se cultiva tabaco en la casa, que los ciruelos se secaron abrazados, que todo es muy triste.

UN DÍA TODOS SEREMOS OLVIDADOS

¿Quién no está entonces como yo ahora?

¿Quién no ha previsto favorecerse cotidiano en la luz?

Mas ay, qué de extranjeros de repente cuando el año nuevo:

un mil novecientos setenta

fertilizaba la farsa de las bocas

o de las copas ya vacías en el amanecer.

Y ahora en octubre otro año que envejece.

Adiós digámosle a las promesas, a nuestras amantes

de las pérgolas, a un río con arena roja,

a los troncos que exudan sangre al ser talados.

Qué breve todo por encima de la majestad de nuestros pájaros,

de la tristeza de Kiparisos, de la fuerza de alguna Atalante

arrojada a los brazos de Jasón, tan niño, tan tierno,

con sus bucles al viento deseando ser padre en otra

patria. Ni aún así podemos resignarnos por la patria

perdida, por la eternidad de los dioses, por el amor roto

en la carta que desmenucé y eché a volar

en la llovizna de marzo.

¿Si dijéramos herejías tan tercamente en los poemas?

Pero la pena no reside allí, mágico amigo. La pena

se radica sutilmente, con sus garfios, con sus alondras

favoritas, en alguna articulación ya quejumbrosa

de nuestros huesos. ¿Es esto renunciar?

¿Es esto decirle adiós a nuestro fortalecernos en la nada

que nacia de las perversas estatuas?

No te pregunto porque conozca un daño propicio
Para sustituirme. Te pregunto por mi nostalgia,
te pregunto porque un día todos seremos olvidados
en cada uno de los demás. Te pregunto por permanecer
y conjurar el horror en las trincheras, y el del olvido
y el del desdén.

Tanto se dejan pasar las aguas, los vientos, los airones
de abril,

¿y cómo en todo eso nadie surge de pronto tal cual
una tormenta de genios irritados a gritar que nos rebelamos?
Se grita rebelión por los muertos en la calle,
por los pacientes de la injusticia, por esa amada
que no malgastó las palabras. Aún se grita rebelión
por el tiempo que no vuelve.

Pero, rebelión a ellos. Pero ¿un coraje definido,
babeante de orgullo y furia, como el de otra legión
de Ángeles Rebeldes en mil novecientos setenta,
sobre las lápidas y las trincheras no es justo
gritarlo ya?

¿Acaso no se perdura también en el fatídico designio
de los condenados por soberbia? ¿Acaso no es justo
rebelarse por la condenación de ser condenados?

Ángeles para este año, ¿en dónde estáis?

¿En dónde se fabrican vuestras alas de añil y negro?

¿En dónde se templan vuestros ojos que penetran
hasta la linfa y en dónde están aquellos clarines
de no sé qué metal para dar el primer toque de rebelión?

Estoy en suspenso, con desgaire, como a la espera.

Que no me fatiguen mis pensamientos, ni mi cobardía,

ni mi hartura de luz.

¿Por qué no cambio? ¿En dónde ha nacido mi líder?

¿En qué turba lo desperdician y lo mellan los ignorantes
que usan las palabras para fabricar parámetros
con perfección de engranajes?

Mi equilibrio tambalea cuando despierto
con esa fanfarria de sol en las ventanas.

Todo está dispuesto para convencerme,
para ayudarme a disimular los designios
y para hacerme creer que la dicha no se alcanza
porque estultamente no la queremos.

MÁS ALLÁ DE LOS CAMPOS VERDES

a mi Madre

Se nos figura que es necesario detenernos ahora
cuando no somos ya tan libres,
cuando el tiempo transcurrido ha descendido muy por debajo
de nuestras líneas de esperanza,
cuando existe cierta muchedumbre de espectros
que alzan su venganza por lo que no les dimos:
unos no tuvieron nuestra boca,
otros buscaron nuestra palabra y no se la dimos,
otros, porque se afiebraron por una gota de nuestra sangre
que no llegó nunca al vértice de su sed.
Quién puede decir que no tiene su propia legión de sombras
nutriéndose en los desvelos,
fortaleciendo el canto de una dulce y triste paloma
en la penumbra,
sonorizando los goznes de una puerta cuando
en la soledad de la casa hay pasos en las escaleras
y una lámpara sola que pone agria
a las últimas luces del día.

No nos morimos de golpe,
es cierto,
pero tenemos nuestro lecho de Procusto.

Cada muerte se suma a otra muerte y por única vez
 la suma es cuantiosa y entonces
 aunque las acacias estén esparciendo su polen oxidado
 o un gorrión reconstruya su nido
 que deshizo la tormenta
 la muerte llega para uno, final
 y trae el polvo de todos los caminos
 por los que estuvo avanzando implacablemente.
 En la muerte también hay belleza,
 me dijo mi madre una mañana de sábado
 cuando me deshacía del dolor de la noche
 mirando su cara tan apacible de amanecer,
 sus manos en la vajilla y su jardín
 ya ahora un poco descuidado
 Había un viento afuera que sacudía las frondas nuevas
 de setiembre, una lluvia esparcida sobre la hiedra
 y alguna bestezuela reptando en la pared.
 Nuestro silencio, madre,
 era muy amado por tu corazón y el mío.
 ¿No es cierto que un súbito toque de tristeza
 sobre mi frente aventajó a tus arrugas y al instante
 tuve en mi persona mucho más tiempo y más dolor
 de palabras que no brotaron?

Qué decirte de lo que tenía escondido
 apretado entre los dientes y la lengua.
 No podrías nunca conocer mis vergüenzas sin estremecerte,
 ni mi dolor de entrañas en los desvelos
 cuando acostumbro a tomar el primer día de mi vida
 y venir hasta hoy, época por época.
 Montañas de papeles, vanidad de palabras, simulacros,

agresiones, desfallecidas constricciones,
 actos de arrepentimiento, perdones ignominiosos,
 las lágrimas mordidas en una mano,
 esperanzado por un instante para no estar seguro
 del último fracaso.

Y me digo: ¿es esto lo que vosotros queráis?
 ¿Soy digno de este nombre? ¿He aguardado con paciencia,
 con valor y virilidad las consecuencias de mis actos?

Si la belleza está, madre, en la saciedad de las respuestas,
 en ese descanso sereno que dijiste acompaña por la eternidad
 a los que van hacia república de ausentes,
 entonces estoy seguro: también ya sin estaciones,
 sin caminos de pesadumbre atravesaré el umbral
 para encontrarme, madre, en la gloria de la belleza
 prometida.

PRIMERA MADRUGADA

a Florentina Mugna

¿Qué puede hacerse más allá, que nos asegure sin limitaciones
un futuro en donde las plazas sirvan para juntar los rostros
y las estatuas el vahído de las manos que han deseado tanto?
Oh mi fatídica ciudad en el abandono del amanecer.
Cómo han empezado a hacerme mal las madrugadas, a dolerme
los relojes, a encendérseme una vocación escondida
en la que está por siempre permitido rescatar la figura
de un Alkides nuevo que sabe tocar los ojos
sin el tesón de los apuros.
Y Rafaela no existe ya, muerta de sábado, de domingos
En neblina, de un amigo que se emborracha,
de dos muchachas que saben perdonarnos ser todavía
tan inútiles y blasfemos.
Pero Rafaela no existió nunca; no está en el laurel distante,
no está en ninguna de las superficies en donde los bronces
de antaño marcaron sus dedos, en donde la fecunda idiotez
de los colonizadores hicieron un molino, un almacén,
una plaza, una iglesia.
Una campana listada de palomas que se desvelan da la una
de la madrugada. La fiebre está fría, los velones escurren
una llama quieta y elevada. Rafaela que no existe
sobre los empedrados, el hombre que se ha ido con su estómago
regurgitando las estopas en el asiento de atrás del automóvil,

ensombreciendo tanto resplandor perdido, tantos pellizcos de otoño que venían de la infancia con cascabeles al cuello, con cimitarra de leños en los brazos.

Ay, un estilete la campana de la madrugada. Niebla, sonido de noche que huele a cigarrillos, a estufas, a sábanas apenas disfrutadas

y a una boca que está ya por no pertenecerme.

Empieza desde este instante suma unitaria de llamados a favorecerme las cruces del domingo. Nada de tú, nada de vosotros, un yo mezquino lavado en mil aguas de soberbia, tramado de mil ojos de la gente, de mil fulgurantes ojos bovinos, se avecina a las manos.

Y cómo detenerlo:

ellos pasan sin las ramas del olivo.

Y ellos pasan y fecundan en la nada absoluta, y ellos frecuentemente son las sombras que he apuntado incapaz de darles la vida que pedían e inseguro de reconstruirlos para mis soportes.

Oh cálices sin tallos que caen desde el cielo con una pobre luna que no remedía nada. Ciudad, ya duermen las muchachas que llegaron puntuales a la misa de la tarde.

Ya se apagó la íntima campana. Que te remedies por dentro, me desea el amigo y me deja en una esquina en donde tiemblo de miedo antes de entrar en mi cuarto pavorosamente vacío.

SEGUNDA MADRUGADA

Ya no más una madrugada como ésta, extraño Jorge; lejos, hacia muy lejos, quién sabe si dónde el mar está más turbio que es el lugar preciso en que todos somos sabios,

quién sabe en qué lejanía de ese mar de madrugada sin costas lúcidas para morir en la playa, carente de lábiles tropas, llega el corazón a no estar enfermo, Quién sabe si aún allí terminarán nuestros gastos superfluos de este agosto podrido hasta las lágrimas.

Ya no más una madrugada como ésta, salvo las consecuencias de volver al lecho, matar a los hombres con las mismas recetas que hemos empleado en alguna tarde ultrajada de poetas y el sol de agosto con la piel escarmentada.

Ya no más una madrugada como ésta, Jorge Tobías lejos de la inteligencia, muertos de repente en las manos pobres, un delantal ausente en el alambre, el viento en las troneras, la facultad de decir o no decir todos los nombres que me enfermaron, súbido, ácido, treinta y siete años antes del lunes, treinta y siete siglos después de esas ventanas.

Pasar la noche, pasar las músicas, invertir las guaridas, los números tantas veces conversados en los encuentros, las únicas emociones de algún pensamiento recuperado y traer el recuerdo exclusivamente para nosotros en el aquelarre sobre la noche última y el resplandor de una madrugada ya no más como ésta.

Ya no más una fuente sobre cuyo pedestal barajamos
siempre la boca en todas las actitudes, el paso de los días,
la satánica filiación de nuestros miedos, un temblor de guerra
que no nos llama, una cantidad de niños
que llegaron a remplazarnos tan propiciamente dispuestos
a sobrellevar la vida.

LA NOCHE QUE ESPERAMOS

¿De dónde sacábamos esa fuerza para predecir,
para ser más o menos únicos, para encontrarnos
en la sombra de la plaza ya envuelta en la lerda penumbra
de noviembre cuando teníamos más tiempo que edad?
Oh amigos, si todos supieran ahora qué forma
maldiciente me urge en los desvelos, si todos tuvieran
la noticia de cuántos automóviles he imaginado
para partir a otra distancia y perpetrarme de soledad,
más nuevo, puro, imberbe, recomenzado en espíritu,
libre de esta carne tan poderosa y desfalleciente.

¿Dónde están los fáciles días que eran en nosotros
un permanecer -de veras- frecuentemente lúcidos.
arrogantes o -si lo prefieren- tantas veces heroicos
en el esplendor de las adelfas, en la otra medida de las lluvias
en la maduración de las naranjas y de los miembros
bajo el sol? Alguien se parecía a un lagarto
entusiasmado con la tierra caliente, alguien tenía
un parecido adelante con el silencio de los eucaliptos
de mayo que se estremecen un poco antes de la noche.

Todos al instante, se atomizan en esta fuente y surgen,
suben, efervescen, llegan a la altura de los árboles
más altos, se prenden del humo antiguo y son hermosos,

naturalmente, como los adolescentes que amamos puesto
/ en sus rostros
nuestro rostro, puestas en sus manos nuestras líneas y sudores.
No importa ahora, ahora soy la resultante de entonces,
de allá, del tiempo de los caminos, de las fabulaciones
frente a la casa de ella a quien supimos amar
por su boca de pájaro y sus manos anhelantes.
Más noches, más murmullos en las sombras, más años
como éste que desfluye hasta el origen del espanto y la calaña.

Alguien se parecía a un largo botellón de agua,
ése no era yo, yo me parecía tal vez a un toro
por mi cuello robusto y mis miembros cortos,
pero quien se parecía a ese frágil y largo botellón de agua
era Edgard que hacía bocas de pájaro, como ella,
cuando pronunciaba amor y cantaba con melodía de soldados
una canción amarga y tan difícilmente recordable.

Mil novecientos setenta es una resultante amigos,
los encuentro a veces, comúnmente en los viajes,
en la noche, en el fondo de los platos, entre la multitud
triste de los domingos. Pero manejamos de una forma distinta
los recuerdos que son tan insoportables
porque nos hacen proponernos viejos, oscuros e irritables.
Oh la noche que esperamos entonces para recordar,
tan teatralmente emponzoñada, que nos impulsa al fondo
de los días y nos alucina con mensajes nunca descifrados.
Ella es la lejanía al revés en el momento en que deseo
escribir una carta para todos. Pero es demasiado.
¿Qué harina nos ponen en el pan? Amigos,
tal vez los ame tanto como antes.

HECHOS DE LECHE Y PERLAS AMERICANAS

a Jorge Tobías Colombo

Hace siglos que estamos aquí. Que somos nacidos,
que tenemos conciencia de los años
y que luchamos
siempre atentos a la esfera de algún dolor,
apretando el desprecio, ligeros
en la apreciación del rocío de la mañana.
Hace mucho, casi demasiado tiempo que estamos aquí.
Ni más acá, ni más allá,
ni perdidos en el espacio,
ni auscultando la cuarta dimensión,
estamos precisamente amarrados a esta tierra
y decimos: Colón descubrió a América el doce de octubre
de mil cuatrocientos noventa y dos
gracias a las joyas de Isabel la Católica
y gracias mil veces, a su santa y venerada fe
y no hemos adelantado un paso desde que fuimos
descubiertos.
Hace siglos que no existimos, o que existimos al revés,
que hacemos versos y tratamos de querernos
tan elegantemente limpios y disimulados
y a veces tan lejanos a todo lo que esté
implícitamente comprendido en el turbio
y oscuro goce de nuestro sexo.

Hablamos de tanta gente que nos ocupó el lugar
y de los muchos sinsabores que pasamos
por culpa de aquella pésima educación
que ellos nos dieron, inocentemente preocupados
hasta el delirio por las noticias de guerra
y el avance de los aliados.

Cuando fuimos adolescentes como éstos,
adolescentes sin música, sin mar,
sin automóviles ungidos de partidas
y tan lastimados de aquellas promesas de vosotros
que sinceramente, bien conocéis.

Éramos muy alabados por los méritos
de saber tanto de nada, mientras que los soldados
volvían a casa, y los demás que habían sido sus camaradas,
un poco más muertos se quedaban en la tierra
bajo tres millones de cruces bien distribuidas
en la neblina de la mañana.

Pero así no existíamos desde siglos, desde saber
qué pena juzgaba digna para Paolo y Francesca, Dante
mordiéndolo el fuego del infierno.

Hubo una época de Tiépolo y Botticelli,
lúcida manera antigua de amar a los rituales
fuertes del humanismo. Ostentábamos la calamidad
de aquella guerra, impuestos de algún veneno.

Ellos, los americanos del Norte, descubiertos casi
al mismo tiempo que nosotros, también recuperaron
a sus soldados vivos
y levantaron monumentos a los soldados muertos.

Pero alguien vio en su viaje de verano al monumento
a los caídos, en la penumbra oxidada de la tarde.
Era el nombre de aquellos soldados que el Brasil
también sacrificó y que ahora se dicen así:

João Oliveira, 18 años; Juvenal Mosquera,
19 años; Pedro Dorrego, 18 años; Martín Albano, 20 años;
en tanto la humedad de la gruta deja correr
el agua de sus lápidas calladas.

Hace siglos que no existimos, que existimos al revés,
desde cuando comprendimos todos la media muerte
de aquellos amores que masacraban a Gilda o de aquella
canción que nos partía en dos:

pero ya no estás Lily Marlen...
y que cantaba desde la misma cicatriz hórrida
de la guerra con su voz y su cigarrillo de integridad.

Todos fueron capaces de oír los vientos que nos dijeron
para qué no existimos, el viento de julio, la danza de la muerte
al compás de Anitra, las procesiones con mujeres de negro,
la primavera roja, el grito desde los balcones,
el barrilete que mandaba al cielo aquel chico
de quien recordábamos haber tenido
un amor con su hermana con la que habíamos pensado
alguna vez en las varas de espadaña
y en una bicicleta Raleigh.

Hay que desdeñar todo, reírse de todo, acusar la ramplonería,
el vicio de los lugares comunes, el mundo sin talento.
Teníamos que tajar, que cortar, que tirar vísceras al río,
circuncidar con los dientes, hacer tripas con Camus,

leer Las Moscas, obtener lustre con Khayyam
volver a los aceites undosos del medioevo, añorar el tango,
morir por la democracia, despedir a los soldados,
aclamar a los premios, no comprender ni siquiera a Bergman,
desexistir de nuevo, paso a paso, descubiertos en mil
cuatrocientos noventa y dos, machucados a cada rato,
hechos de perla y leche americana, ubicados un poco arriba
y otro poco abajo y escribir América es América,
y América —oh soncra tartajeante— es para los americanos.
Hoy las fatigas, las acciones, los jueces
y los presagios nos velan para no ver nada,
no ver siquiera a la mujer analfabeta que yo sorprendí
esta tarde
frente a una máquina de escribir, poderosa como una elefanta
apoyando sus dedos en el teclado.

Los curiosos de las calles que se pasan la voz al instante
cuando está por romperse el día foragido y la noche última
no nos dejan ver que las moralejas no se ajustan
a una mujer analfabeta, ni a una máquina de escribir,
ni a una máquina que va segura hacia
la oscuridad de los espacios eternos.

¿Existir a qué?, desde cuando no existimos.
Pasa un pájaro. Esta noche se nos sube ya
por la niebla de los ríos. A la madrugada volvemos a casa.
Otra vez.

II

OTRAS VOCES SUMERGIDAS

ALCÁZAR

La noche a qué, singular, más allá de todos los pasos,
la madrugada con la sombra fuerte sobre los pisos,
el tiempo que se iba,
la sustancia que se iba,
nada más muerto que el comienzo
puerto de ardor, a qué,
algún alcázar turbio,
transplantado y tú que te ibas
porque te puede matar una ventana
y te puede salir un silencio sobre la boca
y te puede venir una luz como entonces
sobre los ojos y transformarte después de las mañanas.
Ah la alondra sutil, difamadora
que anunció a la estrella
entre los puentes, puesta, encendida como un sol
del Leteo
y que ya no purifica,
por que te ibas.
A qué.

CIFRA

a Leonilda Mugna

Apenas se anuncia la claridad del día, de este día.
Se abalanza sobre el sueño un despertador. La noche
ha sido demasiado caliente. Hay silencio, ni siquiera
abandonaron sus refugios los pájaros de la mañana.
El se lava la cara, aprovecha para mirarse en el espejo
y especular con su vejez. Se acuerda de ensayar
la señal de la cruz: ayer ha muerto un conocido.
Su casa palpita de terror por la jornada que quedó atrás
y por la que viene adelante. Busca una camisa limpia,
el par de medias más presentable, la corbata que no usó ayer.
Alisa su cama y acomoda los libros de la noche. Un tren
que se aleja ulula entre los hinojos, se mueven los vientos
preparando un diálogo: él no oye nada, su pensamiento
es más poderoso. Bebe su café muy dulce, toma el portafolios
y le sacude una mota de polvo. El mundo está impecable, sereno,
fresco. Su boca se prepara para decir buenos días a la gente.
Detiene al ómnibus con su brazo libre. Le palpita el corazón.
Y esto, todos los días.

DESDE LA RIBERA

La fronda que conquistaba la materia del verano
aún tiene resplandor y una salvaje humedad de selva.
Pero nosotros sabemos que los árboles
están expectantes previniendo el otoño.
Una tarde nos pondremos tristes al borde del río,
haremos los pasos con más lentitud
para no perdernos como un sol lejano
y la voz de un niño que llora en la otra orilla.
Entonces, en el momento en que los pájaros
vuelan en círculo sobre las torres
y los viejos callan sabiamente,
todo el otoño se nos echará encima.

CARTA

Te dejo esto, esto que vale más que una tarde
a mi parecer, amigo: esto que es un gallo como un resplandor
y alerta, que una quietud asume
sobre tan aletargadas vías del verano. Y te dejo esto, un puente
al parecer, no un minuto de puente mudo ni de trenes partiendo
por la mitad la noche. Un tren que vale tanto
como un perro en la puerta de tu casa
y un puente que es un dolor distinto en la madrugada de enero.
Te participo de esto, logrando apenas que nos dejemos ir
por el viento
y esto que es volver a sentirse como aquellas figuras
juntas, largas en su sombra mínima
sin pasos, o sí, con pasos esféricos
porque se parte siempre y nunca se llega.
Nada entonces, nada de troncos, ni raíces, ni lúmenes,
ni gracias,
un poco de estopa blanda, algo de carbón, medio centímetro
de lluvia en el tiempo de tu casa y casi un adiós.
Te dejo esto además, es unduoso cuesta tanto como andar
por las riberas y decir una frase célebre que no hable de nubes
ni montañas. Parece entonces,
y que se nos permita obtenerlo de nuestras propias glorias,
parece entonces una función distinta y como siempre,
nos caemos muertos a cuatro grados de la fiesta.
Empiezo, y no sé por qué suerte de aquellas horas

y de aquellas manos que engañaron con lonjas y con oros,
y no sé por qué esas manos empiezan, amigo,
empiezan a hacer mi testamento.

Te dejo esto, un papel, una mota de tierra, mis pies
entre los juncos, aquella liviana caja de cartón
con una rosa y la carta para todos.

LOS DÍAS

El presentimiento puede hacernos pensar
que estamos sumergidos en otro momento del tiempo.
Miramos con los ojos que alguna vez serán
parte del cuerpo pero que todavía se hallan
entre las sombras.

Vamos a tomar una calle, a prendernos
de las luces que se encienden
en las puertas de la noche
y a encontrarnos con la amada
que una vez debió decirnos de su carta triste
pero que se quedó apenas en la fecha
y en el color del papel que la escribía.
Entonces sabemos que estamos frente a algo
tan importante
como el primer llanto del hombre
al recibir la luz,
y nos prohibimos angustiarnos
sólo por esta vez,
nuevamente.

MERCED

Qué de nubes entonces,
qué de tiempo muerto, matado, inerte
sobre toda una algazara en las paredes.
Qué cantidad larga de piel puesta
a florecer en las mesas
y qué de vinos para el fastidio
de tanta tentación en los papeles.

Ah, regado el jardín de nuevo,
venero del tiempo más acá de una isla funesta
sobre los días, las horas, las semanas y los meses.

En la boca entonces
y qué de bocas frías, tibias, cálidas, calientes
cuando decíamos marfil para nombrar el viento
y mostrábamos tu partida para que regreses.

En el aquelarre, un polvo en destrucción,
fino semental sobre las arenas,
el celestín distante en la bruma,
la lucha en los portales y el ángel con claveles.

Tu nombre franco como el agua litúrgica,
la ciudad, tus dedos, mi árbol y los tégmenes.

LO MÍNIMO

Bajo esta luz solo, tiemblo cuando me acerco al abismo
que crece,
al río con su bruma de setiembre y al viento que viene
de las islas. Grito un loco alarido como si fuera un perro
al que han herido de muerte y los ecos despiertan
a otras voces sumergidas.

En la cúspide de una torre se asienta, no sé por qué designio
algo más que dos palomas y una mirada mía repentina
que enfría el tiempo, retrata el paso de la muerte
entre los juncos.

Están los últimos niños antes de que la oscuridad penetre
a borrar del todo los movimientos fúlgidos y celestes
del agua. Después, súbitamente empieza a llorar una sirena
y bandadas de pájaros en los árboles apenas verdes
chillan en el repentino terror de la noche.

Una agonía leve aún, como un toque de llovizna sobre la piel
emprende su labor nocturna y toda la piedad se hace espuma
en la boca y en la garganta se envenenan las palabras.

Nadie ha pasado a mi lado, y yo que permanezco todavía
en la misma invariable actitud de adorador, he visto
sin embargo, a los espectros, escuché los gemidos,
silencié mi palabra inútil.

¿Dónde están la trascendencia, la eternidad, el grano
de calcio que pasará de un cuerpo vivo
a la vejez de un monumento?

Qué mínimo todo a esta hora. ¿Qué hay más allá del río,
de la bruma, entonces? ¿Qué cuentan los muertos a su regreso?
Ese abismo es un pozo al que caen los perros malheridos
y el agua en perpetuo movimiento borra el paso
de los niños en la orilla.

BIBLIOGRAFÍA DE LERMO RAFAEL BALBI

OBRAS ÉDITAS

- 1) **El hombre transparente** (poesía). Primer premio de poesía del Departamento de Cultura de la Municipalidad de Rafaela. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1966.
- 2) **Trece-Diecinueve** (cuento). Publicación colectiva. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1967.
- 3) **Los días siguientes** (cuento). Colección Apertura. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1970.
- 4) **Provincia poética** (poesía). Publicación colectiva. Dirección General de Cultura de Santa Fe. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1970.
- 5) **La tierra viva** (poesía). Colección Apertura. Premio Municipalidad de Santa Fe. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1972.
- 6) **De orilla a orilla** (cuento). Publicación colectiva. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1972.
- 7) **Cuentistas santafesinos** (cuento). Publicación colectiva. Ed. Imprenta Universidad Nacional del Litoral- 1977.
- 8) **Arauz muerto y celeste** (poesía). Premio provincial de Poesía "José Pedroni", Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1980.
- 9) **Selección Poética** (poesía). Publicación colectiva. Editor responsable Rotary Club Santa Fe. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1980.
- 10) **Antología Literaria Regional Santafesina** (cuentos). Publicación colectiva. Editores responsables Felipe J. Cervera y Graciela F. de Cocco. Ed. Cuadernos "La Región" de BICA CULTURA- 1983.
- 11) **Tres cuentos** (cuento). Cuadernos-Gaceta Literaria de Santa Fe. Ed. Universidad Nacional del Litoral- Santa Fe (1983).
- 12) **Adiós, adiós Ludovica** (teatro). Premio Concurso provincial de Obras Teatrales editadas e inéditas de la Subsecretaría de Santa Fe. Ed. Imprenta Oficial. 1984.
- 13) **Los nombres de la tierra** (novela). Premio Fondo Editorial Municipalidad de Rafaela. Ed. Colmegna. Santa Fe. 1984.
- 14) **"Continuidad de la Gracia"** (novela). (Publicación póstuma)

Emprendimiento conjunto de Subsecretaría de Cultura de la provincia de Santa Fe, Municipalidad de Rafaela y Asociación Santafesina de Escritores (A.S.D.E.). Ed. Imprenta Oficial. Santa Fe. 1995.

15) **Orfeo se reembarca** (poesía). (Publicación póstuma). Editores responsables: María Delfina Barreriro de Molino y B. Enry Milesi. Ed. Vinciguerra. Buenos Aires. 1998.

16) **El mundo de Munda** (cuento) en la antología *Ocho cuentistas santafesinos*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1988

17) El mismo cuento se incluye en *Los mejores cuentos del litoral*, selección, prólogo y antología a cargo de Jorge Isaías, Ameghino Editora, Rosario, 1999.

OBRAS INÉDITAS:

El gusto del agua (poesía)

El Nos mayestático (poesía)

Testamento para los héroes (poesía)

Se guardan además poemas y cuentos sueltos.

ÍNDICE

A MODO DE PRÓLOGO, por Enry «Bibi» Milesi.....	9
--	---

I - LOS DÍAS DE OTROS DÍAS

LA CASA DE ARAUZ.....	21
EL DOLOR DE CARLOS.....	23
LOS EXTRANJEROS.....	27
NADIE LO SABE.....	29
UN DÍA TODOS SEREMOS OLVIDADOS.....	33
MÁS ALLÁ DE LOS CAMPOS VERDES.....	37
PRIMERA MADRUGADA.....	41
SEGUNDA MADRUGADA.....	43
LA NOCHE QUE ESPERAMOS.....	45
HECHOS DE LECHE Y PERLAS AMERICANAS.....	47

II - OTRAS VOCES SUMERGIDAS

ALCÁZAR.....	53
CIFRA.....	55
DESDE LA RIBERA.....	57
CARTA.....	59
LOS DÍAS.....	61
MERCED.....	63
LO MÍNIMO.....	65
Bibliografía de Lermo Rafael Balbi.....	67

La *Colección Homenajes* recupera para la cultura argentina una serie de libros escritos por santafesinos que hace tiempo están agotados. Rescatar estas obras originales, escritas por mujeres y hombres que ya no están entre nosotros físicamente, pero permanecen por ellas, y ponerlas en circulación para las nuevas generaciones de lectores se ha tornado en un deber. Deber que cumplimos con orgullo humilde, porque estamos seguros del valor de estas creaciones que ya pertenecen al caudal vivo de nuestra cultura.

